

Discurso de recepción de don Abel Posse

Buenas tardes a todos. Gracias por su acompañante presencia. Hay en ustedes, como dice el Antiguo Testamento, un núcleo del pueblo fiel a la Casa y otro núcleo, más vasto, pueblo fiel al flamante académico que hoy nos honra con su incorporación: Abel Posse.

Posse es un novelista, ensayista y periodista de notable trayectoria profesional, cuya obra ha sido traducida a trece idiomas, y ha merecido un despliegue notable de premios, estudios críticos –libros, monografías, artículos, estudios de diversa índole y variados enfoques- en Estados Unidos de Norteamérica, en España, en Francia, en Australia, etc. y digamos con pena, menos en nuestro país, en su país. La figura retórica de la reticencia crítica se ha ejercitado sobre su valiosa producción. Este rasgo esquinado constituye uno de los identitarios de nuestra índole nacional. Pese a los conspiradores del silencio, ahí está la obra, de pie, sólida y ofrecida, y se usa para referirse a ella el adjetivo “posseano”, y al calificarla así se subraya la existencia de una identidad reconocible en ella. Pero sobre todo, ahí están los lectores que la frecuentan y la mantienen viva con sus visitas.

Permítaseme apartarme de la solemnidad del momento, con un apunte cordial. Anteayer, al comentarle que debía hacer de ostiario –orden monástica menor, confiada al hermano lego de la comunidad- para franquearle la puerta al nuevo hermano de esta congregación, quien fuera ayudante de mi cátedra, y es hoy profesor reconocido, me comentaba los efectos de la lectura de *Los perros del Paraíso*. Un muchacho le contaba que, en tanto, trotaba en la noche para mantenerse en forma, escuchaba la grabación que había hecho de pasajes algo complejos de aquella novela, y curiosamente, durante el trote se le abrían interpretaciones que en el repaso sosegado de la lectura no había advertido. Si hace poco, decíamos como lema al presentar las obras del maestro: “Evite el Alzheimer, lea a Borges”. Bien podemos prescribir: “Trote con Posse y abra su imaginación”. Y el hecho me recuerda el primer audilibro de la historia de Occidente del que nos cuenta Cyrano de Bergerac, en *Un viaje a la Luna* cuando presenta a un joven viandante, cargado con una mochila, y un par de raros adminículos en sus orejas (hoy le llamaríamos auriculares): iba escuchando la grabación de la *Ilíada* que portaba a sus espaldas, en un extraño aparato. Usted dirá que eso ocurre solo en la Luna. Pero no es tan

así. El muchacho trotador había grabado pasajes de la novela posseana y los escuchaba por sus audífonos.

Trasponiendo silencios que operan como cordones sanitarios, la Academia Argentina de Letras le concedió su premio a la narrativa, en 2002, a propósito de su novela *El inquietante día de la vida* (2001), y su trayectoria creativa. En aquella ocasión fue Antonio Requeni quien presentó a nuestro premiado, y lo hizo con su habitual calidez y equidad de juicio ponderado.

En lo personal, siempre he voceado la obra de Posse, sin conocerlo. Hablé con él por vez primera una noche rosarina en que salimos a caminar, con mi esposa y la suya, cuando el Congreso Internacional de la Lengua Española. En mi condición de profesor titular de Literatura Argentina II, en la Universidad Nacional de La Plata, lo incorporé, hace casi tres décadas largas a mis programas oficiales. Mis alumnos leyeron sus novelas, hicieron monografías interesantes sobre ellas y luego, en un taller adecuado, las convirtieron en ponencias para congreso. Así, con especial permiso de los organizadores de los Congresos de Literatura Argentina, nuestros muchachos de 22 o 23 años presentaron en los senos de aquellos encuentros, las primeras ponencias elaboradas por alumnos de una cátedra universitaria. Principio quieren las cosas, y principiamos bien. Fue buena siembra y era fácil porque el grano era de excelencia.

El tiempo es inicuo y no me permite explayarme en las tres direcciones a que nos lanza su obra: la narrativa, la ensayística y la periodística. Me reduciré a la primera, y con una fuerte síntesis que espero no cercene los matices vivos ni se me torne escuálida en su esqueleto.

Podría decirse, como una primera aproximación, que toda la narrativa de Posse, excepto su última obra, hija de un dolor impar, pueden comprenderse en relatos que se apoyan en materia histórica. No en lo que la crítica dice erróneamente, “temas históricos”, que no existen. Precisamente, el tema es la visión humana universal que sobrevuela lo fáctico y lo episódico y que insufla en ese plano de las acciones, una dimensión perdurable y atemporal.

Una declaración suya dice: “Hacer novela histórica en América Latina es una necesidad casi existencial y no una posición estética”.¹ Pero esta afirmación se rencauza en otra frase suya: “Es un don de América transformar la historia en surrealismo”. Con ello queda clara la trasmutación que padece el terreno histórico oreado por lo onírico en Amércia. La denominación “novela histórica” es una de las más meneadas y discutidas en los congresos de literatura hispanoamericana, debido a las mutaciones que el género ha tenido desde la arqueológica *Salambó*, y para venir a lo de casa, *La gloria de don Ramiro*, a la concepción diversa de un Manuel Gálvez que entiende que toda novela es histórica, si habla de ethos y costumbres de una comunidad en un momento de su desarrollo. Y el salto hacia la llamada “nueva novela histórica”, la “novísima, la posnovela histórica y así parecidamente, en las posibilidades que ha exhibido, después del bum de la nueva narrativa de este lado del Atlántico. Y ahí va la especie crítica de los clasificadores botánicos que señalan tres, cuatro media docena de modalidades de esta nueva novela histórica. Lo cierto es que las clasificaciones nos orientan en la rica y creativa *selva selvaggia* de la novela contemporánea para, finalmente, reconocer que cada obra tiene su propia manera de manipular la materia de la Historia. Y eso es lo que cuenta en cuanto a individualidades creativas.

Posse no se adocena enfilándose en una corriente, por el contrario trata con liberalidad esa materia valiéndose de recursos diversos como la ambigüedad que nos sume en la vacilación; la ironía, que se posiciona tomando su distancia, suficiente y superior, frente a los hechos que considera; el anacronismo intencional y sustantivo, que cala en la médula de lo perdurable humano; el desplazamiento temporal, que anima a un protagonista por varias épocas y momentos, y nos lo hace contemporáneo; la parodia y la carnavalización, que dieron grano caudaloso a quienes trabajan en los molinos de Bajtín sobre las novelas del argentino; la intertextualidad, con todos sus niveles genetistas; la hipertextualidad, que anticipa los desplazamientos de lo digital... En fin, todo lo que le permite a Posse dar un salto cualitativo frente a lo histórico de lo que se vale como un trampolín pues se apoya en lo cronístico y vuela a planos semánticos superpuestos y convivientes, de lo histórico a lo mítico, de lo mítico a lo

¹ Patiño, Viviana. “Entrevista a Abel Pose” en la p.web del autor:
<http://www.club.cultura.com/clubliteratura/clubescritores/posse/archivo/Document.php?op=show&id=669>

sagrado, con una modalidad muy propia de la literatura hispanoamericana: la concurrencia de estilos y de estéticas.

Por momentos, los procedimientos de resemantización de Posse recuerdan las propuestas de Crates de Malos y su alegoresis, pero con menos orden sistemático en sus asociaciones que avanzan a dos niveles paralelos, como lo supo aprovechar san Basilio el Grande.

Lo de Posse no es una interpretación de lo histórico. Ni una desmitificación de los relatos de la crónica. Es una remitificación. No es un encubrimiento que sobrepone nueva versión; es un descubrir el descubrimiento. “El 12 de octubre de 1492 fue descubierta Europa”, dice en *Daimón* invirtiendo la óptica, donde el ojo que espía por la cerradura ve el ojo que lo mira del otro lado de la puerta.

Dije que los cuatro ciclos narrativos, digámoslo así, del autor se apoyan en materia histórica, unos en la remota y otros en la próxima. Por descontado, el primero, la trilogía del descubrimiento: *Daimón* (1978), *Los perros del Paraíso* (1983) y *El largo atardecer del caminante* (1992), -mi libro preferido-, que vino a ocupar el sitio vacío que dejó el proyecto incumplido de una obra sobre la acción de los jesuitas en el Paraguay, que llamara, vallejianamente, *Los heraldos negros*. Cada novela pivotea sobre el eje de su protagonista, los tres americanizados: el crudelísimo y revuelto Lope de Aguirre; Colón, a quien estima como “el primer mestizo, que no había surgido de de la unión carnal de dos razas distintas. Un mestizaje sin ombligo”; hombre anfibio, creatura de agua y tierra; y Álvaro Núñez, el caminante frente al Absoluto, que se cuestiona, con mayor lucidez que sus precedentes, sobre la relación de lo europeo y lo americano, del cristianismo y los cultos indígenas.

Los conjuntos novelísticos restantes son tres bilogías. La primera, que se motiva en la Alemania nazi y en las creencias iniciáticas de Hitler y sus cultos de Vril y de Thule. Compuesta por *Los demonios ocultos* (1987) y *El viajero de Agartha* (1989), ambas tienen como eje la presencia o la sombra del mismo personaje: Walter Werner. La primera obra explora, desde su hijo, Alberto Lorca, los vestigios de esa búsqueda de lo absoluto en nuestro país y la excursión hacia la cordillera, el mismo sitio en que Lugones, en el ensayo de marco de *Las fuerzas extrañas*, situó a su vidente. *El viajero de Agartha*, -novela bien bien explorada por un trabajo de

nuestra académica María del Carmen Tacconi de Gómez-, seguimos tras los pasos del que va en búsqueda de la fuente del Poder absoluto. Una vez más los planos de lo histórico, lo esotérico y ahora lo místico, confluyen y fusionan.

El segundo par de novelas radica en la ciudad de Buenos Aires, que la primera de las narraciones denomina, con una línea de letra de tango: *La Reina del Plata* (1988). Una ciudad que opera como una esfinge que interroga y devora si no se la satisface, y donde transleemos algunos personajes en clave, con nombre alterado, como e3l de la Ocampo, en Victoria O'Agro, o los reales del poeta Fijman, el político Yrigoyen y Evita, con sus transfiguraciones, que anticipara en su momento *Adán Buenosayres*. Hay un sustrato político extraño en esa ciudad en que actúa un gobierno que sincretiza el socialismo y el liberalismo.

La otra novela porteña, llamémosla así, *Momento de morir* (1979) también se ambienta en la capital, y en ese escenario se da un avance espiralado de la violencia cotidiana, agitada por toda suerte de bandas extremas, nacional mazorqueros y troztkristianos, sumidos en devastadora confrontación.

“El miedo nos había hundido en la abyección. Pero el miedo, llegado a su culminación, impulsa a los animales humanos a reorganizarse para subsistir. Nadie puede prever las leyes de este extraño ciclo”, dice el texto. Con advertencia atemporal. Contra esa violencia desmelenada se alza, casi inconscientemente, un hombre de pueblo, la figura de Medardo Rabagliati con el lema: “¡Muera la Muerte!”, que los acontecimientos convierten en el nuevo caudillo, cuyo primer decreto se aplicó a la reconstrucción del Palacio de Tribunales, la sede de la Justicia desvirtuada. Ponderable restauración necesaria.

El tercero y último par novelístico lo destina Posse a dos figuras políticas argentinas contemporáneas mitificadas: Evita y el Che Guevara, en sus novelas *La pasión según Eva* (1994) y *Los cuadernos de Praga* (1998).

La novela centrada en Evita aporta enfoques personales que lo distancian de los muchas obras literarias que la señalan, en un vasto mural, desde el hada benéfica hasta la mujer del látigo. Su figura generó en nuestro país, desde la novela *El examen*, de Cortázar a la ficción breve borgesiana “El simulacro”; de las obras de David Viñas, Onetti, Rodolfo Walsh, Tomás

Eloy Martínez, a las versiones desopilantes de Copi y Perlongher. La versión de Posse tiende a lo apolítico y lo universal.

La figura del Che desfila por las calles de Praga, algunos meses de 1966, entre los episodios del Congo y la futura muerte en Bolivia, con alias de Vázquez Rojas, un empresario español. El personaje dialoga con su muerte.

Toda la obra narrativa posseana se apoya en sostenidos elementos comunes: su héroe es un explorador que traza un itinerario, de alguna manera sus novelas son todas itinerantes, milenario recurso oriental. Hay en ellas un conflicto entre el hombre y su medio, y en el ánimo del sujeto combaten dos espacios. Por fin, todas ellas tienen un mito de soporte, de sustento, del cual se alimentan. Y al cual vuelven anteicamente.

Este hombre, de maneras suaves y modales de cancillería, emboza a un heterodoxo, que proclamaba hacia 1991: “Trato de mantener viva la insolencia, la sinrazón, la rabia”.² Y más adelante: “Irreverencia ante el orden muerto que se nos propone como razón. E irreverencia ante el caos que se propone como revolución”. (p.38)

El hombre es un ser bípedo, ovíparo, ideológico, utópico, razonante, mitificador todo en su misma sustancia. El personaje de Posse siente en su médula esta composición compleja, y vive en medio de la perplejidad. Por eso definió así la función de su obra: “Frente al magma de la perplejidad, una de las respuestas que yo he podido encontrar ha sido la novela”.³

“Ante el silencio cómplice y/o la estupidez de los políticos no quedan más que los hombres de fe y los intelectuales, los hombres de la reflexión y de la fantasía; los que impulsarán a la reacción salvadora”.⁴

Un relato pone cierto orden en el mundo y sentido en la realidad confusa. Cuando vivimos la experiencia honda de la lectura de una buena novela, concordamos con aquello del Mahabata: “Una vez que has escuchado un buen relato, ya no serás el mismo”.

Posse afirma con verdad autocrítica: “Yo siempre escribí una sola novela con distintas instancias, episodios y lenguajes”.⁵ Y es cierto, hay en su

² Escudero de Arancibia, Blanca. “eEl ángel/demonio de las palabras. Reportaje a A.Posse”, en *GEC*. Mendoza, FFyL, Universidad Nacional de Cuyo, 108, pp.27-38; lo cit. en p.29.

³ Hernández, Domingo Luis. “La novela es generosa”. Una conversación con Abel Posse, en *Página*, 21-22, VII, 3-4, 1996, pp. 121-136

⁴ Escudero, ob.cit., p. 33-34.

obra una unidad soterrada, que la lectura de los buenos rabdomantes puede seguir como al hilo de agua subterráneo. Posse ha alcanzado la virtud unitiva que proclama la frase latina: *Auctor unius libri*. Celebremos.

Abel Posse : a usted no le faltaba la Academia. A ella le faltaba usted. En nombre de todos sus cofrades, y en el propio, le doy la más cálida bienvenida a esta Casa, que pasa a ser suya, y agradecemos los que serán sus indudables aportes en la tarea común.

PEDRO LUIS BARCIA

⁵ Hernández, ob. cit.